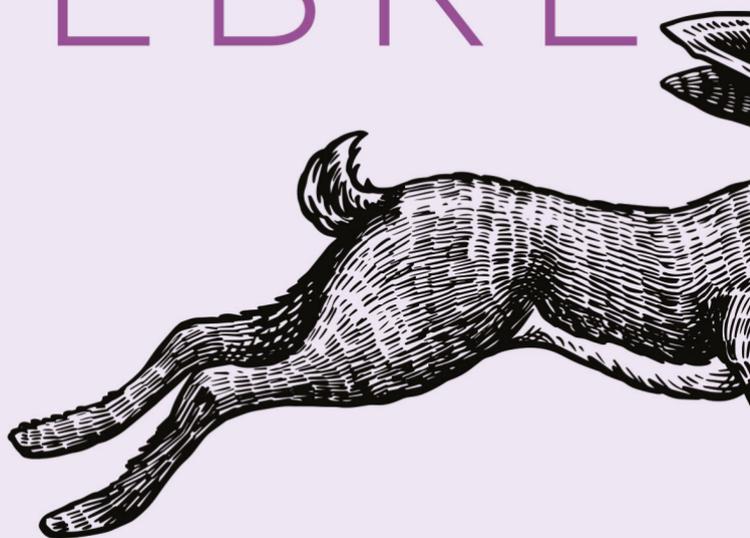


CÉSAR

AIRA

LA

LIEBRE



emecé

CÉSAR AIRA

LA LIEBRE



emecé
cruz del sur

Sudoroso, desorbitado, el Restaurador saltó del lecho y se tambaleó un instante sobre las baldosas frías, moviendo los brazos como un pato. Estaba descalzo y en camisón. Dos sábanas blancas muy limpias, enrolladas y anudadas por las convulsiones de la pesadilla, eran la única cubierta del catre de bronce y tiento que a su vez era el único mueble de la pequeña alcoba de sus siestas. Tomó una de las sábanas y se secó el rostro y el cuello empapados. El corazón le reventaba en el pecho, por el terror remanente; pero la niebla del embotamiento ya empezaba a disiparse. Dio un paso, después otro; apoyaba todo el pie en el suelo, ávido de su frescura firme. Se acercó a la ventana y corrió la cortina con la punta del dedo. El patio estaba desierto: palmas, sol a plomo, silencio. Volvió al lado del catre pero no se acostó; tras un instante de reflexión se sentó en el piso con las piernas estiradas y la espalda recta. El frío de las baldosas en las nalgas desnudas le produjo un moderado shock de placer. Recogió las

piernas para hacer abdominales. Los hizo con las manos en la nuca, que es el modo en que se trabaja más. Al principio ponía cierto empeño, después se hacían solos, muy rápido, desafiando la gravedad, mientras él pensaba. Hizo cien al hilo, contando automáticamente de a diez, y todo el tiempo pensando. Reconstruyó detalle por detalle la pesadilla, como una especie de castigo autoimpuesto. El bienestar de la actividad física desvanecía el espanto del recuerdo. O más bien, sin desvanecerlo, lo hacía manipulable, como una cifra más en la gimnasia. No se le escapaba el sentido general de estos fantasmas que lo visitaban a la hora de la siesta. Eran el uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco, el seis, el siete, el ocho, el nueve, el diez. Qué equivocados estaban los plumíferos salvajes al suponer que era la sombra de sus crímenes la que se proyectaba en su conciencia. Eso sería contar al revés: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Era precisamente lo contrario, y si sus enemigos se equivocaban con tanta precisión era porque la oposición era el sitio desde donde todo se veía al revés; eran los crímenes que no había cometido los que lo acosaban, el remordimiento por no haber agotado la cuenta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Había sido demasiado blando, había sido convencional. Ellos decían que era un monstruo, y él

lamentaba haber perdido en algún punto del camino la oportunidad de serlo de veras. Lamentaba no ser su propia oposición, para realizarse por los dos lados, como un bordado bien hecho. Uno, dos, tres, cuatro... Le había faltado imaginación, y sin imaginación la crueldad no se hacía del todo real. Cinco, seis, siete, ocho... Los sueños eran la imagen invertida de las acusaciones en jeroglífico que publicaban los pasquines ilustrados, antes *El Grito*, después *Muera Rosas* (qué nombres imbéciles). El mundo al revés. Era una literatura. El enigma de los sueños se resolvía en tristeza por la vida pasada. A él le faltaba el auténtico genio inventivo, la agilidad poética. Nueve... Lo reconocía y lo lamentaba, en su franqueza algo bárbara consigo mismo. Pero de dónde, de dónde, de dónde sacar el talento para transmutar la negatividad fantástica de los escribas de Montevideo a la realidad, a la vida, a lo argentino. Diez, cien.

Se despachó medio litro de ginebra con agua fría mientras el otro escribía una página. Un vasito por línea, y no era demasiado. Ver escribir era algo que lo subyugaba. Lo encontraba uno de los pocos espectáculos que valían por sí mismos, que no exigían nada del espectador. Es cierto que debía poner algo

de su paciencia personal, pero tenía muchísima, tanta que a veces pensaba que debajo de ella no cabía nada. Se le hacía breve el lapso en que sus intenciones orales se transformaban en una página bien redactada y caligrafiada. Por eso tenía tan en cuenta la prolijidad. Parecía no suceder nada, pero él veía, ni más ni menos, un pasaje entre personas; en el aire sombreado del despacho veía el suave dibujo de un fantasma. Los gestos siempre creaban una perspectiva, y más si eran los gestos de escribir. El movimiento del brazo, de la mano, de las pupilas, de la pluma era una intención inflada como una vejiga con aire cargado de fantasmas. Los fantasmas eran una persona volviéndose otra. Lo veía todo con un brillo de mojado, como si las cosas estuvieran enguantadas de un agua sublime. Era efecto de la bebida en la resolana, pero también era parte de la escena. Él decía haber descubierto que la ginebra con agua era lo más efectivo contra el calor; no decía que en realidad el calor no le molestaba. Con todo, crear la ilusión de frío, como deseo urgente, cuando hacía calor, y viceversa, podía ser maravillosamente eficaz para darles realidad a los enunciados; debía de ser por eso que el género humano, en la figura prototípica de los ingleses, hablaba con tanta fruición del clima. Era el mundo dentro del mundo, pero no como teatro sino tomado en serio, creyéndolo. Quizás eso

le daba sentido a los tragos que se preparaba: el agua fría para la transmutación de las temperaturas, la ginebra para el brillo sin el cual no había inclusiones, o no se las veía. Todo se resolvía en pasar de un estado a otro, de un cuerpo a otro, de una posibilidad a otra. Y ahí estaba la explicación, al fin, de que él y no otro fuera, y no fuera otra cosa, el Restaurador. Lo era porque... ¿Por qué? No, se le desocurría, con la misma velocidad de relámpago con que se le había ocurrido. Se encogió de hombros, mentalmente por supuesto. El momento de entender había pasado sin que lo advirtiera. Se quedó fijo como una momia una cantidad indefinida de tiempo, sin pensar en nada. Su único movimiento era llevarse el vaso a los labios. De pronto el secretario le tendió la hoja, un dechado de prolijidad. Y la pluma en la otra mano, para que firmara.

Una vez terminado el trabajo de la jornada, que era livianísimo al extremo de lo inexistente, fue a sentarse bajo la enramada a que Manuelita le cebara mate. Esta hora de relax, íntima y familiar, la dedicaba a reflexionar. Lo hacía, paradójicamente, con la mente en blanco. Parece imposible, pero alguien con tan alta estima de su propio cerebro lo conseguía sin esfuerzo. Había un buen número de pájaros cantando, y

tres o cuatro perros yendo y viniendo entre los niños que se entretenían. A su espalda, un semicírculo de limoneros purificaba el aire; justo frente a él, un gran sauce-mimbre con ramas que salían directamente del suelo parecía un silvestre ikebana que hubieran puesto allí para complacerlo. La tierra muy apisonada bajo la parra había recibido un somero asperjado en su honor. A veces, cuando no pensaba en nada, podía llegar a creerse el único hombre en la tierra, el único que vivía de verdad. No soplaban un ápice de viento, pero el calor distaba de lo excesivo. Manuelita, fea y pálida, iba y venía de la cocina a la silla con el mate en la mano. Su querido tatita consumía escasamente media docena de mates en el curso de una de estas sentadas, por lo que no valía la pena hacer la instalación afuera. Esperaba de pie mientras él sorbía con un ruido chocante. Rosas no encontraba ni amena ni inteligente a su hija favorita; más bien estaba persuadido de que era idiota. Idiota y esnob: eso era Manuelita. Lo peor era su falta de naturalidad, sin atenuantes. Una marioneta de bofe. «Es una de mis peores costumbres», solía confiarles a sus amigos. Estaba encaprichado con esa chica, pero no sabía por qué. Había una especie de malentendido entre ellos, hasta ahí podía ver, pero ni un milímetro más. Ella estaba convencida de que su tatita la adoraba. Él se preguntaba cómo

había podido engendrarla. Por suerte, la paternidad era siempre incierta. La maternidad en cambio siempre es certísima. Mirando a Manuelita, Rosas se sentía una mujer, una madre. Desde hacía años jugaba con la idea de casarla con Eusebio, uno de sus locos. Era su idea secreta, regocijo escandaloso de lo imposible. El escándalo estaba en que lo imposible, como todo el mundo sabe, es lo primero en hacerse real. De ahí que un día, cuando vio que los salvajes en sus pasquines le atribuían ese proyecto, su perplejidad no tuvo límite. Por cierto que de él no había salido ni media palabra sobre el tema. Y ellos no sólo lo escribían, sino que, de acuerdo con su costumbre inveterada, lo acompañaban con un dibujo lleno de filacterias. Claro que los inmundos salvajes, como toda oposición, sólo podían operar dentro de una Combinatoria, estaban obligados a armar y desarmar el rompecabezas con unos pocos elementos, y siendo así no era de extrañar que llegaran a la conclusión Hija-Loco. Pero eso no quitaba nada de lo asombroso del caso, tal como lo planteaba Rosas: ¿era posible introducirse en un malentendido ajeno? Al propio o al ajeno, se los diría sin puertas ni ventanas. La fantasía más descabellada creaba por ambos extremos, el del exceso y el de la falta, el malentendido constitutivo de la vida cotidiana. Aunque existía la posibilidad de que los unitarios

hubieran llegado a él por la alegoría, a la que eran tan aficionados: el Restaurador «cazaba» a la patria usando de escopeta un Idiota cargado de viento. Aquí Rosas, cuya ortografía no era muy segura, hacía un lío; pero eso no tenía la menor importancia, porque lo que era alegórico para ellos era real para él, con lo que el malentendido ascendía a constelación, a universo, a ley de gravedad. En realidad, la idea en cuestión la había tenido el día en que Eusebio había estado al borde de la muerte por los excesos del fuelle. Casarlo en artículo mortis habría sido lo ideal, porque se habrían evitado las consecuencias prácticas reteniendo todo el valor simbólico. Manuelita tenía cara de viuda ya antes de eso. «Mi viuda...», decía a veces el Restaurador en sus ensoñaciones, y quienes lo oían no acertaban a adivinar si se refería a Manuelita, a la Heroína, a la mujer en general, a Eusebio, a la Patria, o a él mismo.

Las dos últimas audiencias de la tarde fueron concedidas a una negra entrada en años y a un inglés. La negra venía por una nimiedad, por una tragedia personal irrisoria, pero Rosas tenía por norma recibir siempre a sus queridos morenos y hacer de Salomón con ellos, actitud que recibían con un beneplácito rayano en la adoración. Tenía la teoría de que la Argentina sería a mediano plazo un país negro. Quizás él llegaría a verlo, si vivía lo suficiente. Por lo pronto, se tomaba el

trabajo de mantenerlos en un primer plano político, como objetos privilegiados de la Ley y la Justicia. Le costaba bien poco, y en cierto modo él también adoraba la fatalidad de miseria y estupidez que hacía de la nación negra una ficción social. La negra del día se presentó con sus dos hijas mayores. Era un ejemplar horrible, que no debía de tener más de cuarenta años pero aparentaba sesenta, y bien vividos. Arrancó su exposición con unos llantos y gritos aterradores. La entrevista tenía lugar en la galería principal de la casa, donde a esa hora daba la sombra. Entre los curiosos sadistas que se regocijaban con la escena resaltaba Manuelita, con sus cintas y moñitos punzó, simulando conmiseración. Era una pésima actriz, la pobre. *¡Su falta de naturalidad!* El Restaurador escuchaba con cara de piedra, vitrificando con el vaso de ginebra, sentado en su silloncete de palosanto. La cosa no tenía remedio, por dondequiera que se la mirara: el marido de la plañidera, después de treinta años de vida conyugal, se había mudado con otra. No había absolutamente ninguna solución. Del lloroso discurso de la negra se desprendía que después de cometer incesto con sus hijas mayores y menores, las presentes y las ausentes, el sujeto no había encontrado nada más que esperar del matrimonio en términos de satisfacción sexual. Eso podía entenderlo cualquiera. A

partir de ahí, la argumentación de la abandonada se ensortijaba en la queja pura. El hombre de la Máscara de Mármol encontraba que la queja, cuando llega a su estadio absoluto, que es estático, da una buena oportunidad para pensar. Las razones no avanzan, y parece como si no fueran a avanzar nunca más. ¿Qué quería que hiciera? ¿Que lo mandara castrar? Era muy fácil, era demasiado fácil. Pero ella misma debía saber que era inconducente. Manuelita vertía lágrimas de cocodrilo, las hijas de la negra le estudiaban el batón de tarde con intención de copiar el modelo, la negra tenía clavados los ojos en el Salomón palermitano, quien por su parte se había embarcado en un fantaseo sobre el deterioro del cuerpo femenino. Esa línea de reflexión (que podía sintetizarse en la pregunta: ¿qué tiene para ofrecer una mujer, cuando ya no tiene lo obvio?) lo llevó por rumbos inesperados, y de pronto se le ocurrió una idea, clara como el sol, para que la vieja conservara a su hombre. Un método infalible, impecable, facilísimo de aplicar y con garantía total de éxito. Era raro que no se le hubiera ocurrido a ella, pero para que así fuera tendría que haber podido ocurrírsele a todas las mujeres, incluida la rival, y entonces su eficacia disminuía a cero. Se le había ocurrido a él, justamente a él, que por definición nunca necesitaría retener a un hombre en la cama. Lo más extraño

era que no podía decírselo, no podía comunicarle la solución a la interesada, debía permanecer callado e inmóvil. No porque temiera el ridículo (estaba más allá de eso), sino porque había un imperativo de silencio de tipo lógico que se aplicaba, como siempre, justo allí donde la palabra habría servido de algo. Miró a la negra, la negra lo miró... Hubo una impasse, y ella se retiró bastante calmada después de recibir un beneficio de tripas para sus negocios en el matadero. Era más que suficiente para que se fuera contenta. ¿Y el marido? Lo daba por perdido. Sobre ese tema no habían concluido nada. ¿O sí? Se preguntó si le habría leído el pensamiento.

En cuanto al inglés, se presentó a la hora más agradable de la tarde, acompañado por el Cónsul de su nación, que era como de la casa. También ellos fueron recibidos en la galería, pero ahora convenientemente desembarazada de mirones y con dos sillas extra. El visitante aparentaba unos treinta y cinco años, era muy moreno y de pelo renegrado. No parecía inglés, pero había ingleses así, que parecían indios, incluso eran prototípicos, eso lo había notado Rosas, quien por su parte parecía un inglés de los otros, rubio y coloradote. De entrada lo encontró feo, aunque con la ventaja

de ser pequeño, como un oriental. Y hablando, con su castellano muy inteligible, se volvía casi apuesto, en un estilo muy serio y reservado. Intercambiaron unas banalidades. Clarke, el inglés, era cuñado de Darwin, de quien traía saludos para el Restaurador. Siguieron otras naderías sobre el clima, los viajes, esto y lo otro. Lo que importaba en ese momento era captar la atmósfera del lugar, de la hora, el complejo doméstico-moral, que según Rosas producía una fuerte impresión política. A esa altura de la jornada el círculo áulico estaba completo, y giraba a cierta distancia alrededor de las necesidades de Manuelita. Para Manuelita el género humano decente se dividía en «primitas» y «señores»; de ahí no la sacaban. El inglés manifestó su intención de iniciar el viaje al interior no bien hiciera sus preparativos. Ya ese dato estaba en el borde de los que no tenían necesidad de decirse, así que no hablaron mucho más. Ambas partes se consideraban al tanto de lo que podían llegar a saber del otro. La policía de Rosas había determinado el día anterior que el tal Clarke era quien decía ser, que el skipper del que había desembarcado venía de Valparaíso, y que debajo del disfraz de naturalista y geógrafo al servicio de los intereses imperiales no había nada digno de notar. Claro que habría sido más interesante que hubiera algo, y por ello con toda seguridad lo había. La policía tenía sus

limitaciones. Rosas deploraba que la buena educación impidiera preguntarle directamente a la gente qué se traía entre manos. Se necesitaría, pensaba, una forma distinta de cortesía.

—Mi amigo —le dijo como saliendo de un sopor—, voy a mostrarle algunas piruetas que sé hacer a caballo, y usted me dirá si la equitación está así de avanzada en Gran Bretaña.

El inglés asintió con la cabeza y se dispuso a ver. La cara de Eusebio, que apareció de pronto ante la suya, lo espantó. Era un homúnculo de un metro de alto, pero la cabeza sola debía de medir cuarenta centímetros. Había acudido a un silbido del Restaurador, imperceptible para los demás, emitido entre sus párrafos o sus pausas. Debía de tener una atención muy vigilante para lo que le concernía, y por eso era un monstruo. Tampoco hubo que repetirle el nombre del caballo que su amo le mandó traer: Repetido.

Vino entonces el espectáculo que el Restaurador rara vez dejaba de ofrecerles a sus visitantes europeos. El Repetido era un caballito manchado de tipo indefinido, ni árabe ni criollo, delgado, de patas como las de un gato de alambre, el lomo fijo, la cabeza minúscula e inexpresiva. Los ingleses volvieron sus sillas

hacia la amplia explanada que hacía de pista, los cortesanos interrumpieron con veneración sus pláticas. Manuelita se acomodaba los moñitos punzó, con una sonrisa remanente de tonta; estaba convencida de que en la alta sociedad estas exhibiciones eran habituales. El jinete supremo, el primer centauro de la Confederación, dio unas vueltas en círculo esperando a que la bestia entrara en calor; era necesario muy poco en este sentido; unos caracoleos, unos brincos, y Repetido ya se desplazaba veloz como un rayo de entrecasa. Rosas tenía nalgas finas y ajustadas; nunca parecía del todo sentado. Fue muy natural el movimiento de alzar los pies hacia atrás hasta cruzar los tobillos sobre la grupa. Sin abandonar esta posición aumentó la velocidad, y en la pasada siguiente levantó los pies en el aire y metió la cabeza entre los brazos, que apoyaba en la silla, hasta quedar como cayendo de un edificio. Sonaron los primeros aplausos. En la tercera pasada frente a la galería los pies habían girado hasta las orejas del caballo; en la cuarta, llevaba el cuerpo completamente horizontal. Luego dio una vuelta entera por debajo del vientre del animal, cabalgó de pie sobre la silla, en un solo pie, de rodillas, de rodillas mirando para atrás y tomando las riendas con los pies, tomándolas con los dientes y tocando con las palmas de las manos las suelas de las botas. Todos los giros

se hacían con virtuosa lentitud sobre la exhalación que era Repetido, pero fueron tomando velocidad sin que el caballo aminorara el paso, hasta culminar en una serie de fulminantes espirales directas e invertidas, entre un trueno de aplausos. En este ejercicio había pruebas de dos tipos: las fáciles de mucho lucimiento, y las difíciles de poco. Se podía quedar bien con unas o con las otras, con un mínimo de esfuerzo en ambos casos, según los espectadores fueran o no entendidos. Como esto último Rosas no podía prejuzgarlo, y además sus públicos eran mezclados, había adoptado un sistema que combinaba ambos tipos, haciendo del modo difícil las pruebas fáciles, y viceversa.

Los dos visitantes volvían a Buenos Aires al tranco de sus caballos, por el camino del bajo, disfrutando de la hora como suelen hacer los ingleses, con un poco de conversación; el silencio de esos descampados silvestres les permitía hablar sin levantar la voz aunque sus cabalgaduras se apartaran una de otra donde había zanjas. Vieron pasar un chajá asustado que correteaba todo desarticulado, como haciendo acrobacias sobre sí mismo. Los dos pensaron al unísono en el Restaurador. Unas palomas gordísimas hacían bajar casi hasta el suelo las ramas de unos aguaribayes en

las que se posaban. Debían de estar abuchonándose para la noche. A la izquierda de los jinetes el río color pardo estaba quieto como un lago; sólo contra el fin del plano de la playa verdeante hacía palpitar los bordes del agua, y había que prestar atención para verlo. El Cónsul, que conocía de sobra el paisaje, se desinteresó de él para pensar en asuntos políticos. Con ello dejaba de ocuparse de su huésped, pero no se preocupó demasiado. Era de esos diplomáticos de la vieja escuela que no creían que entrara en las funciones de un cónsul hacer de guía turístico de sus compatriotas. Limitaba su cortesía para con ellos a un estricto mínimo, que en esta ocasión consideraba superado con la visita a la mayor atracción del país, el Dictador. Además, dos cosas: primero, Clarke se podía arreglar solo en Buenos Aires, si era cierto que venía dispuesto a viajar al interior. Y segundo, él tenía mucho que pensar en política, no le alcanzaban las veinticuatro horas del día. De modo que se abstraigo completamente. El otro dejó que su caballo se adelantara. Más que la tierra, miraba el cielo, sobre el que se había extendido un lavis violeta, y sobre él celestes y rosas de gran peso. El calor era sofocante, el aire estaba saturado de humedad. El crepitar de los insectos oscilaba en el silencio... Cuando el Cónsul levantó la vista, lo intrigó la actitud de Clarke. Había soltado las riendas

para hacer algo con las manos a la altura del ombligo. De espaldas, no podía ver qué. Apuró el paso a la vez que torcía hacia un lado para sacarse la duda sin parecer indiscreto. Clarke iba tan concentrado que ni se dio cuenta. Con la mano izquierda sostenía abierta una cajita metálica, con la derecha trabajaba en ella. El Cónsul reconoció el dispositivo, un cromatógrafo. Consistía en unas hileras de anillos diminutos de metal de colores, en los que Clarke ensartaba agujas con destreza que hablaba de una larga práctica. El Cónsul no se acercó más. La ocupación le parecía, además de ociosa, siniestra: era como clavar pinches en los colores blandos del crepúsculo.

Pasados unos días, y ya a punto sus aprestos para el viaje al interior, el naturalista hizo otra excursión por el mismo rumbo, pero bastante más lejos, hasta un pueblo al norte de la ciudad donde vivía muy retirado un buen pintor. Esta vez fue solo. Salió a la mañana temprano, almorzó a las once en una especie de picnic unipersonal a medio camino, durmió una siesta en la ribera a la sombra de un sauce, y siguió sin apuro, a paso de tortuga. A partir de cierto umbral de lentitud, se le hacía más difícil conducir el caballo: no sabía si estaba quieto o avanzaba. Quería encontrar despierto

al pintor de marras, y sabía que por más precauciones que tomara siempre se quedaría corto en el cálculo de las siestas, con este clima tropical. No había un camino marcado, y por él no andaba nadie. Se cruzó con una carreta manejada por un negro vestido de verde, un verde tan brillante como la librea de un loro. Un niño de cuatro o cinco años corría adelante apartando a las palomas que se posaban en la huella por la que avanzaba, de a milímetros, el vehículo. El tiro era todo un espectáculo: dos bueyes gemelos, blancos, tan mal castrados que con el paso de los años (eran centenarios) se habían deformado hasta parecer toros japoneses, con las carotas arrugadas y tantos pliegues de piel blanca en el lomo que daban la impresión de estar cubiertos con sábanas de mármol como las estatuas de Bernini en Roma. Hubo un saludo muy cortés cuando se cruzaron. En el momento, a Clarke le pareció como si el negro usara anteojos, pero después dudó de haber visto bien. Un poco más allá, donde la costa se precipitaba en unas pendientes, vio una reunión de animalitos que a la distancia tomó por cangrejos, pero en realidad eran equidnas abiertos tomando sol. Pasó algo curioso. Los equidnas, que son la timidez en persona, lo vieron en el preciso instante en que él los vio; pero no reaccionaron todos juntos, sino uno por uno, y aunque en una sucesión muy veloz, le dieron

tiempo para que fuera viendo la huida de cada ejemplar del grupo. No era una huida de verdad; si quieren desplazarse, los equidnas son ultralentos, pero si se asustan desaparecen de algún modo. El que miraba Clarke se enrollaba hasta quedar hecho una bola, y como para hacerlo retraían las púas, no les quedaba otra que rodar por la pendiente y hundirse en el agua. Así hasta que no quedó ninguno, antes de que el inglés hubiera atinado a parpadear.

La siesta de Prilidiano ese día se prolongó menos de lo habitual, pero no estuvo desprovista de fantasmagorías, y eso sí era habitual, demasiado habitual. Era puro hábito, como los niños. Y ese hombre, que tanta importancia tuvo en la historia argentina de su siglo, tenía mucho de niño. Era regordete, arrebatado, imprudente, miedoso, esclavo de sus pasiones, objeto doméstico de las más locas fantasías. Había inventado una comedia terrorífica que se representaba todo el tiempo dentro de los límites de su quinta en lo alto del pueblo de San Isidro; pero sólo todo el tiempo en que brillaba el sol, pues dormía profundamente y sin sueños cada una de las horas en que estaba bajo el horizonte. Era soltero, sin familia inmediata, y se había quedado sin servidumbre por culpa de la confianza

que le había dado a Facunda López, su cocinera, ahora también mucama, ama de llaves, jardinera y hasta caballeriza. Facunda había asumido todas las funciones; era una gorda cuarentona, que no necesitaba aprender erotismo para tener a su patrón en el puño porque ya lo tenía, y a perpetuidad. En sus soliloquios, y también en voz alta, ya que no era un ejemplo de delicadeza, al pintor lo llamaba «el Repetido» porque siempre hacía el amor exactamente igual, sin variaciones, y todos los días sin falta, insaciable como un niño. Se le apareció, como siempre, cuando la siesta daba la vuelta, lo miró un momento hacerse el dormido, como siempre, y se precipitó a los embates de siempre. Desde hacía unos meses Prilidiano estaba pintando un cuadro para su disfrute personal, el primero que hacía en tales condiciones, sin que mediara encargo. Para él, no para vender. Eso ya lo había desconcertado un poco. Al principio había dudado del arte que pudiera desprenderse de esa gratuidad. Con su sistema, que era de una prolijidad exasperante, veía nacer poco a poco la imagen, y era como cualquier otra. Quizá fuera arte, después de todo. Iba especialmente despacio con esta obra, porque la hacía en sus ratos libres. La idea original era pintar a Facunda desnuda durmiendo la siesta. Por supuesto, el cuadro era y sería siempre su secreto. Pero, precisamente para no desperdiciar

siquiera una fracción de secreto, que era más digno de economizar que la tela, quiso pintar a Facunda por segunda vez, en la misma cama, al lado de la primera figura. Atolondrado como era, no cayó en la cuenta de que así representaría a dos mujeres, y no a una sola dos veces. Cuando lo advirtió, era demasiado tarde. Se llenó de perplejidades. Era un genio, pero le pasaban cosas así. Al menos aprendió la lección. Y como era de veras el Repetido, no dejaría de aprenderla siesta tras siesta.

Eran escasas, aunque no tanto, las visitas en la quinta. Cuando cayó el inglés, a media tarde, la somnolencia persistía en sus dos habitantes. Salió Facunda a tenerle el caballo. Le preguntó quién era y qué quería. Después de responder, Clarke encontró impertinente que ella insistiera en preguntarle si realmente quería ver al pintor. Claro que quería. ¿Quería verlo, o retratarse? Si era lo segundo, tendría que armarse de paciencia. Había elegido al artista más lento del mundo. Molesto por la inoportunidad de los consejos, tan plebeyos además, Clarke se metió en la sala sin esperar a que la mujer lo invitara y se sentó. Al minuto apareció el artista. Clarke pensó que era el hijo, pero no, era él. No se lo había imaginado así: un

muchacho rollizo, muy moreno, medio calvo aunque nadie le habría dado más de veinticinco años, con ojos de orate, asimétricos, chinos. No tenía modales, pero el inglés los tenía por los dos. Mencionó a una tía del dueño de casa, que le había dado su dirección, y luego avanzó en un discreto elogio de su trabajo. Prilidiano era la primera vez que oía algo parecido a la crítica. Le daba la razón en todo, con una ingenuidad desarmanante. Facunda, que parecía haberse ido para siempre, reapareció con una botella de clarete enfriado y dos copas. Bajaron media botella en un abrir y cerrar de ojos. Cuando entró en confianza, el joven dijo que pensaba viajar pronto a Europa, a desasnarse un poco. Clarke se lo desaconsejó con vigor. Aquí lo tenía todo para desarrollarse. La escena artística europea estaba agotada, pronto los pintores del viejo mundo empezarían a emigrar al nuevo. ¿Y la técnica?, decía el otro. Ya tenía de sobra. ¿Y los viejos maestros? En el fondo, dijo el inglés, no valían la pena. Así siguieron un rato. Prilidiano lamentaba no tener cuadros suyos en la casa para mostrarle al entusiasta amateur. Tenía uno, el de las Facundas, pero no estaba terminado, y no era algo para mostrar. De todos modos, lo invitó a contemplar unas obritas que adornaban las paredes de la sala. Clarke se puso de pie cortésmente. Eran unos cuadros tejidos, en lana y esparto, hechos por

Manuelita Rosas, que se los había regalado. Los miró y no supo qué decir. Esas porquerías eran abismantes. Había visto durante los últimos días, en algunos salones porteños, una media docena de retratos firmados por Prilidiano. Lo había encontrado superior a Reynolds y Gainsborough juntos, un verdadero genio, y no tanto por la captación psicológica, fantasmática, de los retratados, que ya era sublime, sino por la superficie que lograba. En eso no tenía rivales. Lo suyo era una limpieza visual hecha visibilidad definitiva, un llevar la superficie a la superficie y hacerla coincidir, crear pintura justo allí donde se la había estado esperando sin saberlo. Ese triunfo estaba más allá de la dialéctica engañosa de la ingenuidad y la sabiduría. En las lanas ridículamente laboriosas de Manuelita se daba exactamente lo contrario. ¿Era un sarcasmo que el genio las tuviera colgadas en la sala, y se las mostrara? Por el momento no pudo decidirlo.

Agotado el tema de la pintura, volvieron a sentarse y hablaron sobre los proyectos del visitante. Era un naturalista, y se proponía viajar al interior de la provincia a tomar nota de ciertos animales, uno en especial, en los que estaban interesadas ciertas instituciones científicas europeas.

—Bueno —dijo Prilidiano ligeramente—, si lleva un buen embalsamador, supongo que podrá traer unos lindos ejemplares de algo.

No. No era ésa la intención del inglés, para nada. Dijo que embalsamar era lo último que pensaba hacer. No trabajaba con vistas a la colección, sino más bien en sentido contrario. Le explicó someramente que había una nueva teoría según la cual unos animales descendían de otros, por lo que no valía la pena fijarlos en una forma determinada. Y ni siquiera correspondía transportarlos, porque otra teoría, complementaria, decía que en la antigüedad todos los continentes habían estado unidos... En la cabeza del pintor se hizo una confusión total. Era como si el otro le estuviera hablando en chino. Prefirió cambiar de tema, porque además se le había ocurrido una objeción:

—Entonces, usted va a ir... ¿al desierto?

—Sí.

—Pero ahí, ¿no están los indios?

—Bueno, sí.

—¡Pero mi amigo, lo matarán ni bien lo vean!

—Espero tener la oportunidad de tomar mis precauciones.

Prilidiano no insistió, porque su pensamiento inconstante había vuelto atrás. Lo de los animales que descendían de otros, absurdo, como parecía, le había

dado una idea que quizá resolviera el dilema de su cuadro de Facunda durmiendo la siesta, lo cual era una demostración, al menos, de que unas ideas descendían de otras. Pero tampoco se detuvo ahí (todas sus ocurrencias las dejaba para estudiarlas en otro momento). No importaba que los indios mataran a un viajero; después de todo, era un azar como tantos otros. La cuestión debía plantearse en términos más generales. ¿Cómo se podía ser feliz viajando? ¿No era contradictorio? Él postergaba desde hacía años su viaje de estudios a Europa porque no podía concebir una vida que no fuera la suya presente, en cada uno de sus detalles. A la vez le daba demasiada importancia a la felicidad, y no le daba tanta como para salir a buscarla. La pintura y el amor estaban en todas partes o en ninguna. En un relámpago de intuición, en su cabeza pueril y veleidosa, llegó al fondo del darwinismo y le dio la vuelta completa. Toda transformación era una vuelta en redondo. La eternidad misma era una transformación, era el presente, la figura de la felicidad, y todas esas palabras podían reemplazarse unas por otras.

—Me gustaría acompañarlo —dijo con maravillosa incoherencia—, pero no puedo. ¡Tengo tanto que hacer!

Antes de pasar al desierto, Clarke hizo una segunda y última visita a Palermo para despedirse del Restaurador y agradecerle la provisión de un guía o «baquiano», el gaucho Gauna o Guana. Lo hizo un sábado a la hora epifánica de la tarde. Después de admirar un poco a Manuelita, según los usos, se encerraron a charlar en el despacho del jerarca. Como siempre, Rosas lucía distendido y bárbaro, coloradísimo por todo el vino que había tomado en un asado descomunal con gobernadores. Olía a carne a la brasa y a vino. Se había mantenido al tanto de todos los movimientos del inglés. Ésa era la ventaja de tener una policía secreta, aunque no fuera un secreto para nadie que la tenía: uno lo sabía todo sobre los demás, y los demás también sabían todo de uno, porque para disponer de una policía hay que empezar por ser un hombre público. De modo que no tocaron temas prácticos, lo que habría sido redundante. Hablaron sobre lenguas. El castellano de Clarke era notablemente bueno para un extranjero, lo que él atribuía con modestia a una facilidad innata. Rosas se consideraba dotado de la misma facilidad, y en grado sumo. Nunca la había puesto en práctica, ni falta que le hacía, porque su certidumbre de poseerla no necesitaba verificación. Con semejante don, decía, le gustaría probar, en lugar del inglés o el francés, tan convencionales, algo

realmente difícil, por ejemplo el bable de los negros. En cualquier momento se ponía a estudiar, y escribía una gramática del bantú criollo. El inglés asentía.

—Y no vaya a creer —decía Rosas— que lo haría para combatir el tedio, porque no me faltan ocupaciones. Y no me refiero sólo a la política. ¡Tengo una enorme cantidad de problemas domésticos! Mire a éste sin ir más lejos... —Un niño, uno de sus incontables hijos ilegítimos, se había colado en el despacho, y los miraba desde un sillón. —Últimamente le ha dado la manía de bizquear, y a mí me da miedo que le dé un golpe de aire y se quede así. Ya sé que fisiológicamente ese temor es disparatado, pero no puedo evitarlo, es un atavismo. Él sí podría evitar ese feo hábito, pero como sabe que me impresiona, se encapricha. —El niño, lindo y callado, miraba de uno a otro enfocando a la perfección; quizá ni siquiera sabía cómo ponerse bizco. —Aunque yo también a su edad me lo pasaba bizqueando, eso debo reconocerlo. Pero no soy la clase de padres que se conforman diciendo «yo también tuve siete años».

Clarke se limitó a asentir con la cabeza. Pensaba que Rosas era un genio. Aunque no lo fuera para los idiomas, lo era para el «small talk». Todo el aparte era una celada para averiguar cuánto sabía él sobre las sociedades indias. Pero Clarke no se consideraba

tan estúpido. Claro que conocía el sentido de la bizquera entre los indios. Más que eso, era de los pocos europeos de su época que habrían podido explicarlo en alguna lengua americana. Pero no se lo diría al Restaurador, ni siquiera para llenar un hueco en la conversación.

—Entonces —dijo Rosas—, ¿espera encontrar un secreto?

Clarke respondió que era una manera inadecuada de expresarlo. La liebre legibreriana de la que le había estado hablando, y que constituía el objeto principal, por no decir único, de su expedición, no era un secreto. Si lo fuera, ¿cómo podía esperar encontrarla él con sus pobres medios, solo y extraviado en esas inmensidades? Pero a la vez tenía que serlo, para que valiera la pena tomarse el trabajo. Planteada correctamente, la pregunta sonaría así: ¿qué es lo que está tan oculto para que sea necesario dar la vuelta al planeta para hallarlo, y a la vez es tan visible como para poder descubrirlo simplemente yendo a buscarlo? Por definición, tal cosa debía de estar en cualquier parte, en todas, donde uno fuera, en este mismo despacho...

—Pero aquí no está —dijo Rosas simulando mirar por debajo de la mesa.

—Es que la definición impone un rodeo, porque toda definición puede considerarse nominal y...

Rosas lo había seguido con toda la atención de que disponía, pero aun así se distrajo casi desde el comienzo, desde que captó la idea principal. Había olido Manuelita en la trama. Fuera lo que fuere la famosa liebre, su hija también lo era. Y lo era por obra de él. Había hecho de esa tonta el elemento más plenamente visible de su política, pero escamoteando la explicación, que era la forma de la visibilidad. Darwin había apuntado en la misma dirección, pero con infinita timidez, tanto que resultaba patético; había tenido que apoyarse en lo que Rosas menos necesitaba: en la creencia. Como siempre, un argentino se había adelantado. Se sintió tan feliz, tan pleno, que tomó al punto algunas determinaciones fundamentales, que lo habían tenido cavilando: primero, encargarle al hijo de Pueyrredón un retrato de cuerpo entero de Manuelita; segundo, prestarle al inglés su caballo Repetido para que hiciera el viaje; y tercero, hacer lugar al pedido que recibiera el día anterior de la madre de Carlos Álzaga Prior, joven aprendiz de acuarelista, y recomendarle a Clarke que lo llevara consigo. Todo coincidía, todo formaba sistema... Quedó momentáneamente suspenso, en la contemplación de su propia grandeza.